

SAN SEBASTIAN: A LAS PUERTAS DE LA DEMOCRACIA

DIEGO GALAN

NO está siendo bien recibido el XXV Festival Internacional de Cine de San Sebastián por la prensa de la derecha ni, lógicamente, por las fuerzas que representan. Hay algo que se les ha ido este año: el control absoluto y dictatorial de un Festival que hasta ahora había estado exclusivamente a su servicio. Las multinacionales, las pequeñas empresas españolas, las revistas del corazón, servían los mismos intereses, y el Festival no era sino una muestra más de lo controlada, dirigida y falseada que ha estado la cultura española durante los últimos cuarenta años. Por eso ahora los comentaristas de esa prensa (algunos, incluso, desaparecidos

a título particular del control del Festival) agigantan los errores burocráticos o descubren este año los vicios arrastrados de convocatorias anteriores; otros, más honestos, protestan por la falta de servicio a los productores, reclamando para ellos sus cócteles, sus fiestecitas, sus medios de promoción. Todos estos comentaristas, por lo tanto, olvidan, o fingen ignorar, lo que de renovador tiene este XXV Festival, lo que supone de cara a aproximarlo al pueblo vasco (que es, en definitiva, quien lo paga) y lo que, en orden a la calidad del material presentado, ha tenido de serio y consecuente. Los portavoces de la derecha, en su afán terrorista, recuerdan los con-

flictos del Festival de Venecia y su consiguiente desaparición, sin tener en cuenta lo que supuso para aquel Festival la revolución de 1968 y las atroces diferencias de estructura que hay entre ambos festivales.

Por el momento, lo que el Festival de San Sebastián está pretendiendo es, como se dice ahora, encontrar sus propias señas de identidad, su sentido básico en la dinámica de los festivales internacionales y en su concreta expresión de la cultura cinematográfica española. Señas rechazadas por las multinacionales (una de ellas, United Artists, ha impedido la proyección de algunos títulos de Pasolini que componían el ciclo ho-

menaje que, con carácter exhaustivo, se ha programado. Como protesta a esta decisión, muchos de los asistentes al Festival han enviado una carta "en el puesto de Passolini, para defenderlo", a la central neoyorquina de United Artists) y denunciadas por el secretario general del Festival, Luis Gasca, en la comida de la prensa: "No somos cómodos para los tinglados de la distribución. Estamos luchando precisamente para cambiar todo eso, porque con el Festival de San Sebastián no se juega (...). Queremos recuperar para la ciudad un Festival que no había sido nunca nuestro. Nunca decidimos cómo tenía que ser, ni nos gustaba. La realidad es que todavía no nos gusta. El cine es una forma de cultura y queremos que llegue a los barrios, a todos los públicos. Lo hemos descentralizado porque el público en general tiene ansias de cultura".

Una de las novedades más importantes del actual Festival de San Sebastián son precisamente esas proyecciones en los barrios, generalmente seguidas de coloquios, donde el cine adquiere todo su sentido informativo; si a cambio de ello las galas nocturnas

"1900", de Bertolucci.





"Il gabbiano", del italiano Marco Bellocchio.



"Casanova", de Federico Fellini.

han perdido esplendor, es evidente que quien gana es la cultura, haciéndose más viva. La ausencia de galas, la ausencia de lo que la prensa del corazón llama "estrellas" (sin tener en cuenta que, a cambio de ellas, han asistido este año al Festival nada menos que

Luis Buñuel, Marco Bellocchio, Laura Betti, Bernardo Bertolucci, Luis G. Berlanga, Luis Alcoriza, Joris Ivens...) ha hecho que algunos aumentaran su boicot. Frente a ellos se expresó también Luis Gasca en la citada comida de la prensa: "No nos han preocupado

los informadores que acostumbran a ir a bodas y banquetes de la alta burguesía. Solamente aquellos que tienen interés por el hecho cultural. Los que quieren fotografiar escotes, que lo paguen: que vengan por cuenta de los medios, como van a las bodas. Al fin

y al cabo, esto no es un Festival de la canción... Si se han eliminado cócteles y banquetes es, quizá, porque las películas no necesitan de ese apoyo para su lanzamiento. Y si lo siento es por la hostelería".

Es evidente que tiene razón Gasca. Mucho más cuando las películas presentadas (y no precisamente a concurso, que, como en la mayoría de los festivales, son precisamente lo más endeble de la programación general) han tenido este año un nivel de interés inusual en el certamen donostiarra. Por otra parte, la cantidad de films presentados ha creado problemas de selección a la hora de las proyecciones, como también es lógico. ¡Ya está bien de aquellos festivales de poco más de un par de títulos diarios en el que habla que consumir las horas en charloteos inútiles! Al margen de la sección a concurso (donde se han presentado tres títulos realmente importantes: "La question", de Laurant Heynemann; "A un dios desconocido", de Jaime Chávarri, y "La gaviota", de Marco Bellocchio), las secciones homenaje a Pasolini y Buñuel, el cine de la República (con la proyección —por vez primera— de tres películas inéditas en la España de la posguerra: "La hija de Juan Simón", de Sáenz de Heredia; "Don Quintín el Amargao", de Luis Merquina, y "Centinela alerta", de Jean Gremillon, las tres controladas y asesoradas por Luis Buñuel en su etapa de jefe de Producción de Filmófono) y el ciclo informativo, donde, entre otras, se han visto "Novecento", de Bertolucci (una espléndida crónica de la historia política de la Italia reciente, en la que posiblemente sea la obra maestra de este Festival y de cuantos la programen. Película equivalente al "Acorazado Potemkin" y tan renovadora hoy como aquella lo fuera en 1925), "Casanova", de Fellini; "Ai no corrida", de Nagisa Oshima; "Tamaño natural", de Berlanga; "Marcia trionfale", de Bellocchio; "L'affiche rouge", de Frank Casenti; "Cómo Yucong movió las montañas", de Joris Ivens; "Padre Padrone", de los hermanos Taviani; "Mina, viento de libertad", de Antonio Eceiza... Una serie de títulos ahora elegidos al azar, pero que pueden dar una idea al lector de la importancia de esta selección marginada a la de concurso.

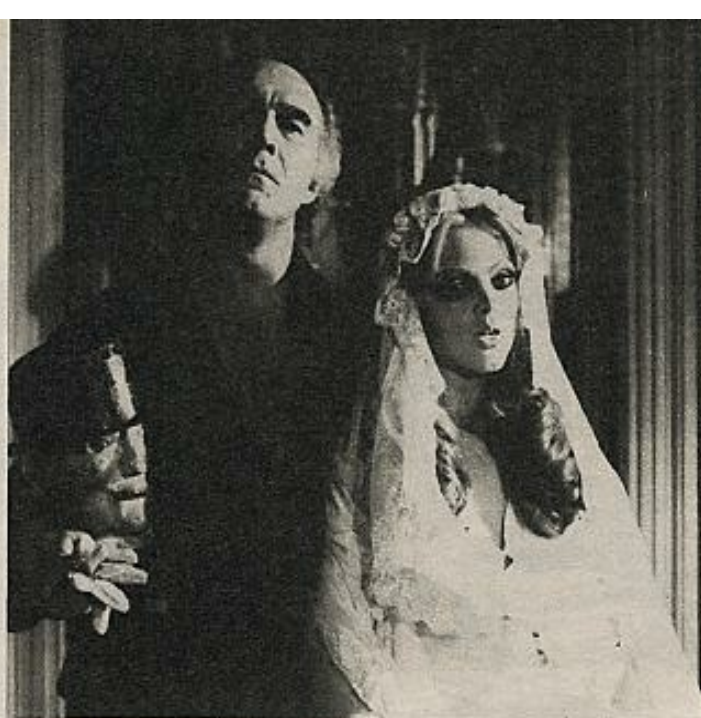
Además, se han proyectado una serie de cortometrajes realizados por directores vascos, que tuvieron en su primera exhibición una serie de problemas técnicos que dieron pie a una carta de protesta de estos cineastas. Fallos técnicos de los que quizá el Festival no ha estado falto, pero que, en cualquier caso, no hacen sino reflejar las lógicas imperfecciones produci-

SAN SEBASTIAN

das por un primer año de tanteo y renovación.

No vamos ahora a declarar que este Festival es el Festival ideal. Quedan aún muchos pasos por dar, dentro de esa contradicción inevitable de pretender un Festival popular junto a las lógicas sumisiones a la industria. De salvar esa contradicción se trata precisamente, o de asumirla de una forma correcta. Este XXV Festival no es sino un primer apunte hacia un nuevo camino que sólo cobrará forma real en las convocatorias siguientes. El paso dado, por ejemplo, con la mesa redonda en torno a "Cine y testimonio histórico", en la que intervinieron los cineastas e intelectuales que acudieron al Festival (y de la que

daremos una más amplia reseña en un próximo número), viene a cumplir el vacío que existía hasta ahora: la posibilidad de hacer de un festival un lugar de encuentro y discusión en torno, a propósito o al margen de las películas concretas que se programan. La mesa padeció una excesiva improvisación, pero no se trataba de un espectáculo más, sino de un intento de profundización en los temas más candentes presentados en las películas. La selección del Festival ha entendido que el cine de estos momentos (con las salvedades de rigor, que también estuvieron representadas, como, por ejemplo, en la supertaquillera "Star Wars") es un cine comprometido con la necesidad de ilustrar o aclarar la realidad. Un cine, en definitiva, militante, tenga la forma que tenga, desde la expresión "de autor"



"Tamaño natural", de Luis G. Berlanga.

"A un dios desconocido"

LA soledad entendida como una clave más de las diferencias de clase podía ser un punto de acercamiento a la compleja, rica y sugerente película realizada por Jaime Chávarri. El viejo homosexual de su película, enfermo de escepticismo y soledad, ahora un viejo tiempo, el de su infancia, cuando aún podía fascinarse por el esplendor de una clase superior a la suya, sublimando allí sus tendencias sexuales. Una clase que reunía al tiempo la libertad de una cultura en la que él ahora se refugia clandestinamente, en su costumbre ya de marginarse de todo: un sueño de esplendor (su profesión de mago) y una dificultad continua de relación.

La soledad del protagonista de Chávarri no es sólo la de los personajes que se le parezcan, sino la de

toda una España soterrada, aislada, perseguida.

"A un dios desconocido" no es exactamente una historia; más bien la combinación dialéctica de una serie de elementos biográficos que descubren lentamente la personalidad del protagonista y, más aún, sus raíces. Unas raíces no asumidas con madurez, pero vividas con la pasión de quien se sabe poseedor de una verdad, de un sueño o de una frustración. En este caso, la frustración de una España interrumpida, como se interrumpe su vida, como se interrumpe igualmente la narración de la película. Este personaje (espléndido Héctor Alterio), que vive en el presente una caricatura de lo que soñó, no llegará a su liberación hasta que asuma su propia historia sin recelos, sin vergüenzas, sin clandestinidades.

En la libertad de su propia condición continuará la libertad que tanto admiró en su infancia. Sólo en esa hora de libertades rechazará lo caricaturesco para quedarse en sus ritos secretos, sin destruirlos, pero compartiéndolos.

"A un dios desconocido" es una película que merece más de una visión; puede contemplarse desde distintas perspectivas: puede limitarse (aunque en sí mismo eso no sea limitación alguna para la película) a la concreta y precisa vida cotidiana de un homosexual que ve la ancianidad como meta inmediata (y, en ese sentido, Chávarri ha tratado el personaje sin literaturas apriorísticas ni moralísticas, es decir, de una forma totalmente inusual en nuestro cine), puede trasladarse a dimensiones más generales sobre la idea de la muerte en un individuo concreto de nuestra sociedad, puede considerarse la trayectoria de este homosexual concreto como un partícipe más de la España rota (y, en este sentido, la referencia mítica a Federico García Lorca es acertada), puede, en fin, limitarse la contemplación de esta película inusual al disfrute de una serie de imágenes sugerentes y ambiguas (entendiendo aquí lo ambiguo en su sentido de amplitud y relatividad). De cualquier forma, "A un dios desconocido" es un film que no debe pasar inadvertido y que, corrobora la existencia de un autor de interés en Jaime Chávarri, quizá tímido ("Los viajes escolares"), quizá sorprendiéndose a sí mismo ("El desencanto"), pero vivo, inteligente y honesto. ■ D. G.



hasta el testimonio objetivado (como en los títulos de Joris Ivens). La mesa, bien que mal, apuntaló lo que desde la pantalla era evidente, pero tratando de ver, a partir de los responsables de dichas películas, cuáles y cuántas podían ser las perspectivas que se aproximaban a ese cine.

Cuando el lector tenga en sus manos este número, ya habrá concluido el Festival. En el momento de redactar estas líneas, sin embargo, aún quedan varias sesiones y, naturalmente, la decisión última del Jurado en torno a las películas presentadas a concurso. En el próximo número, pues, comentaremos esa decisión y, al tiempo, algunos de los títulos presentados. Sólo algunos, porque, en fin, en un festival como éste, las proyecciones se han repartido por numerosos locales, por distintos ambientes, buscando los públicos hasta ahora marginados. Esa dispersión no favorece, lógicamente, la contemplación de todas las películas, pero, en cambio, da, repetimos, su sentido lógico a un vehículo cultural como el cine.

Por mucho que pese a la prensa habituada a la corbata o pajarrica, a las conferencias de prensa rutinarias y al chantaje del cóctel superfluo. Son aquellos tiempos muertos que no deben ya volver: los de la cultura entendida como un juego de élite, de manejos no siempre claros, de servilismos. Que Luis Gasca ha limpiado bastante ese panorama, es algo claro. Que no sea suficiente, también. Pero, repetimos, es sólo el principio. Y no parece claro, o por lo menos inteligente, romper con exabruptos contra esta manifestación cuando tantas y otras anteriores de signo opuesto han sido aceptadas con veloces inclinaciones de cabeza. ■ D. G.